

# DEL CONVENTILLO AL GUETO. CRÓNICA DE LA TRANSFORMACIÓN COMUNICACIONAL EN LA RELACIÓN HÁBITAT / CULTURA DE LAS CLASES POPULARES EN BUENOS AIRES

*Verónica Vidarte Asorey*  
*Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*  
*vidarteaorey@yahoo.com*

## Resumen

Este artículo es un ensayo basado en resultados obtenidos en la investigación “Buenos Aires, penas y olvido” que desarrollo como trabajo de tesis de maestría y en el marco de la beca de Formación Superior en la Investigación Científica de la UNLP. El estudio aborda las redes organizacionales en los territorios de exclusión del Área metropolitana de Buenos Aires, AMBA, y el trabajo etnográfico se realizó en dos territorios puntuales del Partido de Avellaneda, ubicados a la vera del contaminado Riachuelo. En este ensayo se analiza, con sentido diacrónico, en el contexto urbano y desde el enfoque de la comunicación / cultura, el pasaje del modelo habitacional popular de conventillo al de gueto territorial –proceso que configuró la territorialización de la pobreza urbana en la zona–.

Palabras clave: clases populares, comunicación, cultura, modelos habitacionales.

## La ciudad multicultural del conventillo

La conformación de las clases populares urbanas en la zona del Área Metropolitana de Buenos Aires, AMBA, se vincula desde su inicio con problemas habitacionales. El primer gran colectivo inmigratorio que llega principalmente desde países europeos –entre fines del siglo XIX y principios del XX– encontró sus espacios de trabajo asociados a la economía portuaria, ferroviaria y luego industrial; todas actividades concentradas en la ciudad de Buenos Aires y el Conurbano bonaerense. En ese marco, se instaura el modelo habitacional del conventillo, en espacios de hacinamiento desde los que los nuevos habitantes luchan por su derecho a vivir en la ciudad. Ya en 1880, había en Buenos Aires 1.770 conventillos (1).

Por esa época, gran cantidad de conventillos se asentaron en los edificios que habían sido abandonados por sectores más acomodados que emigraron a la zona norte, durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871. La modalidad habitacional que dio marco para la formación del modelo cultural del conventillo fueron los inquilinatos.

Pero el fenómeno alcanza sus mayores dimensiones entre 1860 y 1920: crece vertiginosamente la cantidad de habitantes de inquilinatos, mientras que la cantidad de habitaciones disponibles tiene un crecimiento muy inferior. Sólo entre 1880 y 1892, la población que vive en inquilinatos en el AMBA pasa de 51.915 a 120.847 personas, mientras que las habitaciones aumentan de 24.023 a 31.552 (2).

Uno de los acontecimientos históricos más significativos vinculados a esta problemática es el que pasó a la historia como la “Huelga de inquilinos”. Fue en 1907, un año de aumentos masivos en los alquileres de las piezas, y de desalojos violentos a las masas de morosos. El 13 de septiembre mientras la policía arrancaba a los ocupantes de las 132 precarias piezas de Ituzaingó 279 en la Capital Federal, el barrio de La Boca se convirtió en el germen de la medida de fuerza más masiva de la época, cien mil inquilinos se declararon en rebeldía –ante las fuerzas policiales y propietarios o gerenciantes de conventillos– en reclamo de la rebaja del 30% en los alquileres.

Desde el enfoque analítico de la comunicación y la cultura, ese marco multiétnico en el que todos los actores compartían intereses sectoriales, sociales, económicos, habitacionales y en muchos casos políticos, permitió el establecimiento de códigos y pautas de relación respetuosas de la alteridad y la diversidad; así como la aparición de determinados paquetes de sentido como el lunfardo, por ejemplo, que constituyen una muestra acabada del carácter inclusivo del intercambio cultural en este marco. Estas pautas de interacción igualitaria viabilizaron la conformación de redes de tejido social de las que los sectores populares se valieron para sobrevivir con cierta autonomía, marcando los primeros trazos en la historia de los movimientos sociales latinoamericanos y constituyéndose como un actor social con alto grado de poder de movilización e injerencia en la vida de la ciudad.

Des este modo, el conventillo constituyó tradicionalmente un espacio donde migrantes internos y externos con diversas identidades culturales compartían su vida cotidiana. Así el modelo multiétnico y multicultural del conventillo marcó la relación entre territorialidad y etnicidad y se trasladó luego –con los mismos códigos y pautas de relación– a las villas del AMBA (Grimson, 2003).

Mutaciones de lo popular en la ciudad fordista

Luego del crack del 29, la crisis económica comienza a extenderse lentamente en el territorio argentino, y en las décadas del 30 y 40 el modelo agroexportador tambalea y pierde la antigua capacidad de absorción de mano de obra. Así, gran porcentaje de la población rural emigra a las ciudades en busca de trabajo con la consecuente transformación del hábitat urbano y de la conformación de los sectores populares urbanos. Específicamente en el AMBA, se registra un aumento sostenido de las villas durante los años 50. En 1958, un estimado censal daba cuenta de que 200.000 personas vivían en condiciones de precariedad habitacional en Argentina. En ese año, la población residente en villas y asentamientos precarios en el AMBA, oscilaba las 52.5000 personas; en 1963 se censaron 42.000 residentes distribuidos en 33 villas; en 1973, la población de villas entre Capital Federal y Gran Buenos Aires ascendía a casi 400.000 habitantes; y en 1980, ya superaba los 500.000 (3).

Además del aumento de la población residente en villas, el aumento de los sectores populares urbanos también tuvo que ver con la creación de barrios obreros, sobre todo durante las presidencias peronistas en consonancia con las políticas redistributivas que promovían el acceso a la vivienda de los sectores medios y los trabajadores (Torres, 2003). Las clases populares urbanas en Argentina en la etapa de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), estaban conformadas básicamente por obreros y empleados formales: ya en la década del 70 Buenos Aires y Montevideo albergaban la mayor cantidad de proletariado formal en Latinoamérica (Grimson, 2003; Torres, 1993).

En los 50, 60 y 70, Buenos Aires creció a un ritmo que fue acelerándose paulatinamente. El crecimiento urbano en términos habitacionales fue desordenado aunque esto no produjo en principio segregación espacial notoria. Las clases populares, que se iban integrando a la ciudad, no contaban con los recursos necesarios para pasar a formar parte del mercado inmobiliario y; éste era a su vez deficiente en relación con la capacidad de generar nuevos loteos e infraestructura acorde. De hecho, muchos especuladores del sector animaban a los trabajadores a comprar tierras en las zonas periféricas, en las que no había infraestructura ni servicios, y se accedía a dudosos títulos de propiedad bajo promesa de que allí llegarían grandes autopistas, nuevos sistemas de transporte, etc.

Lo ocurrido durante la dictadura militar con los programas de erradicación de villas y la persecución sistemática de distintos colectivos sociales, entre ellos grupos pertenecientes a sectores populares, es un tema ampliamente trabajado que merecería un desarrollo más exhaustivo que implicaría correrse del eje de esta ponencia. Por eso, señalaremos aquí sólo algunos datos que alcanzan para ilustrar los cambios que aquí nos ocupan respecto a la metamorfosis de los sectores populares del AMBA para analizar luego sus vínculos territoriales (4).

Hacia mediados de los años setenta, el grupo de los pobres (personas bajo la línea de pobreza) en Buenos Aires estaba liderado por los denominados pobres transicionales –en proceso de movilidad ascendente–; las posibilidades de ascenso se vinculaban fundamentalmente a mecanismos de inclusión en el mercado laboral. Hasta mediados de la década, los pobres eran básicamente empleados de baja calificación de la industria y el comercio pero hacia finales de los setenta, mientras el número total de pobres disminuye, aparecen modificaciones en la composición de la pobreza. Se reduce la incidencia de los pobres transicionales –a la vez que se deteriora significativamente su calidad de vida– y se triplican los pauperizados (Rodríguez, Di Virgilio y otros, 2007).

Ya para la década del ochenta, el perfil de los jefes de familia de hogares pobres es el de los trabajadores semicalificados y aun calificados y empleados estatales de calificación media y baja; además aumenta la presencia de jubilados bajo la línea de pobreza. Durante esos años, Argentina experimenta uno de los mayores procesos de concentración de la riqueza y la desigualdad de Latinoamérica (Altimir, 1997) y esto se traduce en un importante incremento de la pobreza urbana durante el período. Entre 1982 y 1989 el número de hogares pobres aumentó del 26% al 40%, aunque las mediciones fueron muy variables por causa de los cimbronazos provocados por los picos inflacionarios. La indigencia, por su parte, creció del 19,8% de personas excluidas al 22% (Torrado, 1994).

En los ochenta, uno de los aspectos más relevantes con relación a la estructura habitacional del AMBA es la incorporación de una nueva forma de producción y uso del hábitat de los sectores populares: los asentamientos. Esta modalidad se inicia en 1981 con la toma ilegal de terrenos en la zona sur del Conurbano Bonaerense, y para finales de la década del 90 ya había un centenar de ellos (Merklen, 1997).

Estas ocupaciones se caracterizaron por ser masivas, estar constituidas en su mayoría por vecinos expulsados de otros espacios de la propia ciudad, y por su planificación del uso y desarrollo del futuro barrio. Esto último se vincula con la relación característica que los ocupantes pretendieron establecer con el resto de la metrópolis. Así, por medio de la organización, la planificación y la gestión sobre el territorio, los asentamientos intentan asimilarse a otros barrios obreros del Conurbano bonaerense retomando la configuración preexistente –calles, loteo, manzanas y plano en damero–. El plan es asentarse y normalizarse para constituirse en un barrio más y, a la vez, diferenciarse de las villas.

Como desarrolla Denis Merklen, el asentamiento como modelo habitacional constituye la respuesta a una identidad amenazada (Merklen, 1997), los ocupantes buscan alejarse de una categoría social fuertemente estigmatizada: los villeros. Entre las familias

empobrecidas de las clases populares opera el temor a ser relegados al ecosistema de la villa. Más allá de la precariedad de las viviendas, lo que actúa son las representaciones urbanas negativas que construyen a la villa como un territorio de promiscuidad y violencia, en síntesis un lugar hostil para habitar. Por supuesto que el mecanismo de defensa identitaria está fuertemente ligado a la dificultad de estos sectores para reconocerse, no ya como pobres, sino como excluidos sociales.

Algunas conclusiones sobre la ciudad global y los guetos socioeconómicos

En la década del noventa se produce la destrucción del Estado de Bienestar.

Aunque durante la primera mitad del decenio disminuye la pobreza, al evaluar el proceso general se advierte que el porcentaje de personas bajo la línea de pobreza se sostiene a lo largo del período, e incluso aumenta la cantidad de indigentes dentro del número total de pobres: en el Gran Buenos Aires en 1991 hay 28,9% de las personas bajo la línea de pobreza de los cuales el 5,1% son indigentes, y en 2000 los porcentajes son de 29,7 y 7,5 respectivamente (Rodríguez, Di Virgilio y otros, 2007). Hubo un desmedido aumento de la desocupación y la desigualdad social creció de manera ostensible: el 10% más rico adquirió el mayor poder económico de la historia y el 20% más pobre se sumergió en una pobreza extrema sin precedentes. Queda claro que el período aperturista –iniciado durante la dictadura militar y llevado al extremo en la última fase del capitalismo salvaje de los noventa– dio como resultado el aumento sostenido de la pobreza, la pauperización de los sectores populares y la precarización de su calidad de vida. A la vez, desguazó el sistema productivo nacional y propició el agudizamiento de los procesos de exclusión social especialmente en las ciudades en donde se registraron los mayores índices de desocupación.

En el mismo sentido, este período fue uno de los más relevantes con relación a las transformaciones del modelo habitacional y de las pautas culturales vinculadas a la experiencia de habitar la ciudad de los sectores populares: se llevó adelante una de las reestructuraciones más drásticas del ecosistema urbano en el AMBA ocurrió.

Tal reestructuración, vino de la mano del proceso de privatización de las empresas nacionales y de la inversión extranjera en infraestructura inmobiliaria. Durante la década del 90, la relación entre espacio y producción estuvo marcada por la tendencia globalizante en las principales metrópolis del mundo. Como plantea Saskia Sassen, los restaurantes caros, casas de lujo y tiendas gourmet se reproducen en la ciudad globalizada (Sassen, 1991).

Este proceso de concentración territorial por parte de los grandes capitales se dio de forma más descarnada en América Latina y Buenos Aires no fue la excepción: en su área metropolitana se concentraron la mayor parte de las inversiones. Así, de acuerdo a la declinación total de la función industrial, la ciudad se reacondicionó en función de lógicas de consumo de servicios avanzados: se trata de la nueva ciudad del capitalismo postfordista (Ciccolella, 1999); un territorio de puja por la organización socio-espacial que implica una dinámica de exclusión / incorporación de áreas habitables. Una ciudad dual (Sarlo, 1996) en la que los capitales extranjeros –que dominaban la economía nacional– se unen a los sectores altos y medios para expandir su ocupación y controlar el espacio de la ciudad, mientras expulsa hacia otros territorios a los sectores populares, cada vez más pobres.

En principio, los barrios porteños pasan de la articulación horizontal que propicia la circulación lineal del territorio a una densificación vertical organizada en forma de red que conecta sólo enclaves de interés para el desarrollo del capitalismo global. Así, la inversión inmobiliaria en la ciudad se concentró en la construcción de edificios de categoría, hoteles de lujo, complejos de oficinas clase A, *shoppings* e hipermercados y grandes torres de vivienda para los sectores altos y medios altos (Ciccolella, 1999). Esta reconfiguración del espacio urbano, afectó la unidad tradicional de la estructura territorial, la manzana y desestructuró los patrones de localización comercial. Consecuentemente variaron las dinámicas de tránsito y de uso del espacio, y las redes de comunicación establecidas por los habitantes.

En el territorio suburbano, sobre todo en la zona norte del área metropolitana, los capitales internacionales y transnacionales aplicaron la inversión al desarrollo de barrios cerrados, privados, *countries*, grandes centros comerciales, autopistas y accesos que permiten la comunicación rápida con los barrios ricos de la Capital, pueblos privados y hasta ciudades privadas como en el caso de Nordelta. Por supuesto, las modificaciones repercutieron en las condiciones de hábitat y de ocupación territorial de las clases populares y, entre ellas, en el sector de los excluidos –que emerge y comienza a crecer dramáticamente durante la década del 90–.

Este último período de capitalismo salvaje llegó a su punto más álgido junto con el final del siglo XX, y el proceso de precarización y pauperización de las clases populares hizo eclosión con la crisis de 2001.

El proceso de destitución social que relatamos, tuvo lugar también en la puja por el espacio urbano, por el derecho a habitarlo y transitarlo. A medida que un importante sector de las clases populares cayó en la considerada pobreza estructural, y mientras emergía y se consolidaba la categoría de “excluidos” como actores sociales relevantes de las metrópolis; en Buenos Aires el tradicional modelo habitacional de conventillo se diluyó y se instauró el gueto.

Aunque no se trata del gueto étnicorracial al modo de los guetos negros estadounidenses, ni del socio-cultural de la Banlieu

parisina –estudiados por Loïc Wacquant–; valen algunas descripciones estructurales de estos territorios de destitución en el primer mundo para reflexionar sobre el caso del AMBA. En principio coinciden en el período en el que emergen, la globalización en el marco del neocapitalismo avanzado.

Luego en el primer caso, quienes viven en el gueto de Chicago se diferencian de sus vecinos de la ciudad a partir de una característica explícita, el color de piel. La otredad construida en torno al territorio y los sujetos es tan notoria que hasta investigadores y actores oficiales acuñaron las categorías de *inner city* (ciudad deprimida o subterránea) para definir el espacio, y de *underclass* (infraclase) para clasificar a sus habitantes. En el segundo caso, la Banlieu, se caracteriza por ser el espacio en que conviven quienes están excluidos por sus condiciones socioeconómicas, que otrora fueran transitorias y hoy son estructurales. Pesa sobre ellos una fuerte estigmatización en relación con el lugar que habitan como espacio de violencia y depravación, y el estigma crece a medida que aumenta la cantidad de extranjeros –mayoritariamente africanos y europeos del Este– (Wacquant, 2001).

En Buenos Aires, a diferencia de Nueva York y de otras metrópolis en América Latina, los guetos del AMBA no se relacionan con la etnia sino con las condiciones socioeconómicas. Históricamente, la relación etnicidad / territorialidad estuvo marcada como dijimos por el modelo del conventillo: en las villas miseria convivieron personas de distintos países y ciudades, por eso la territorialidad está marcada por lo socio-económico (muy relacionada con el eje del trabajo), y no por lo étnico-racial (Grimson: 2003). Pero en los 90, con el deterioro del sistema de transportes e infraestructura, se pasa del “modelo de conventillo” al de guetos socioeconómicos. Un ejemplo de esto es la rápida adopción que tuvieron los sectores excluidos metropolitanos de la modalidad de reclamo que constituye el piquete. En ese contexto de aislamiento territorial y desocupación, se evidenció, por un lado, una fuerte territorialidad de la exclusión y, por otro, una alta capacidad de las organizaciones de sitiar la ciudad. A pesar de no tener la posibilidad de acceder al centro político urbano. Es decir, mientras se vulneran los derechos de acceso y circulación, los excluidos se organizan para afectar la dinámica misma de la ciudad, bloqueando las vías de acceso. Esto se observa claramente en la zona sur, en la que es habitual que para llamar la atención del Gobierno Nacional y de los medios de comunicación, se corten los puentes que atraviesan el Riachuelo (en particular el Puente Pueyrredón).

Paralelamente a la territorialización de la exclusión que se plasmó desde los últimos años del siglo pasado, se está dando un proceso de etnificación de la exclusión, muy vinculado a la pertenencia o no a determinados territorios (Auyero, 2001). Este proceso, opera tanto en las representaciones transmitidas por los medios –en los que los territorios en cuestión aparecen siempre vinculados a noticias sobre delincuencia, inseguridad, violencia, narcotráfico, etc.; casi siempre dentro de la sección “policiales”–, como también en las reproducciones del sentido común de muchos vecinos y, lo más preocupante, en los diagnósticos y estudios vinculados a la Academia y las Políticas Públicas.

## Notas

- 1- Fuente: “Conventillos y Villas miseria”, Revista *Polémica* Nº 62. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- 2- Fuente: “Que vengan inmigrantes”, Revista *Polémica* Nº 28, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970.
- 3- Cravino, María Cristina, “Las organizaciones villeras en la Capital Federal entre 1989-1996. Entre la autonomía y el clientelismo”, en 1º Congreso Virtual de Antropología y Arqueología en <http://www.naya.org.ar/congreso>, 1998. Consultado en diciembre de 2006.
- 4- Para ampliar las características de lo ocurrido durante la última dictadura militar, en términos habitacionales en el Área Metropolitana, se puede consultar: Vidarte Asorey (2008) “Territorio urbano y exclusión social. Análisis desde la comunicación / cultura”. Ponencia presentada en la V Jornadas de Sociología de la UNLP. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

## Bibliografía

- Auyero, Javier en Wacquant, Loïc *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del Milenio*, “Introducción”, Buenos Aires, Manantial, 2001.
- Ciccoella, Pablo, “Globalización y dualización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socioterritorial en los años noventa”, Santiago de Chile, Revista *EURE* Nº 76, 1999.
- Grimson, Alejandro, “La vida organizacional de las zonas populares de Buenos Aires”, Montevideo, Informe Final del Proyecto Urbanización latinoamericana a finales del siglo xx, University of Texas at Austin, 2003.
- Merklen (1997) “Organización comunitaria y práctica política”, Buenos Aires, Revista *Sociedad* Nº 149. Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 1997.
- Rodríguez, M. Carla, Di Virgilio, M. Mercedes y otros, Políticas de hábitat, desigualdad y segregación espacial en el área metropolitana de Buenos Aires, Buenos Aires, Área de estudios urbanos del Instituto de investigaciones del Instituto Gino Germani – Facultad de Ciencias Sociales de La Universidad Nacional de Buenos Aires, 2007.
- Sassen, Saskia, *The Global City*. Nueva Jersey, Princeton University Press, 1991.

Sarlo, Beatriz, *Instantáneas del fin de siglo. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*, Buenos Aires, Ariel, 1996.

Torrado, Susana, "Notas sobre la estructura social argentina al comenzar de los 90", Buenos Aires, Seminario Los nuevos desafíos de la Política Social. Respuestas institucionales y económicas, Fundación Konrad Adenauer – Universidad Austral, 1994.

Torres, Horacio, *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*, Buenos Aires, Dirección de Investigaciones. Secretaría de Investigación y Posgrado. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, 1993.

Torres, Horacio, "Los recicladores y el desarrollo sostenible: La construcción del actor social", en Recuperación de aprendizajes de la Fundación Social 1987-1997, Buenos Aires, Fundación Social, 2003.

Wacquant, Loïc, *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del Milenio*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

## VERÓNICA VIDARTE ASOREY

Licenciada en Comunicación Social. Jefa de Trabajos Prácticos de la Cátedra Seminario Permanente de Tesis de la Facultad de Periodismo y Comunicación social, UNLP. Becaria de Iniciación en la Investigación científica y tecnológica, UNLP (2005-2006) con el tema "El imaginario social del delincuente en los relatos policiales argentinos", Becaria de Perfeccionamiento, UNLP (2007–2008) con el tema "Prácticas y representaciones populares en los territorios de exclusión del AMBA". Becaria de Formación Superior UNLP (2009-2010) con el tema "Redes de relaciones organizacionales e institucionales en los territorios de exclusión del AMBA". Investigadora en el Proyecto "La investigación científica de la comunicación en los estudios de grado" UNLP - Ministerio de Educación de la Nación Argentina (2006 – 2010). Maestranda en Planificación y Gestión Comunicacional, Maestría PLANGESCO, UNLP. Tesis en curso: Buenos Aires, penas y olvido. Comunicación, organización y gestión popular en el Área Metropolitana de Buenos Aires, AMBA. Asesora de la Dirección de Investigaciones científicas y Grado en la FPyCS, UNLP. Colaboradora permanente de la Revista Académica *Question*.